

IV CONCURSO DE

Relatos Eróticos

Ilustraciones: Amparo Martín



Asociación de Sexología
Dialogasex



Preliminares

En 2018, la asociación DIALOGASEX, puso en marcha el IV Concurso de Relatos Eróticos, con la finalidad de potenciar una sexualidad en positivo y convertir las fantasías y el erotismo en herramientas en pro de una vida sexual satisfactoria y saludable.

Bajo el formato de relato corto, la temática de ésta pasada edición fue “el vino”. Bajo esta premisa se recibieron 48 relatos, entre los que el jurado, formado por Julio del Valle, Amparo Martín, María José Lanera, Eduardo Izquierdo y Lara Herrero; premió a tres:

- Premio Gran Reserva dotado con 300 € para el relato titulado: **Vino Rosso** de D^a Pilar Obregón Pérez de Burgos.

- Premio Crianza dotado con 150 € + lote productos eróticos para el relato: **Estás hecha para mí** de D^a M^a Isabel Cortijo Talavera de Valencia.

- Premio Joven Roble dotado con 100 € + lote de vermú golfo para el relato: **Rubí** de D^a Marina Monzón Torres de Madrid.

Esta última edición no sólo ha sido posible gracias al equipo de profesionales de Dialogasex, sino también al patrocinio de: Centro Senso, Corsetería Reinas, Diversual, Amantis, Condonería Goma 3, Boutique de los vinos de Castilla y León, Vermut Golfo y Más allá del placer. Así como a la colaboración de La Otra Librería, donde se hizo entrega de los premios a las tres personas ganadoras.

Con la ilusión de que siga creciendo y sigamos compartiendo historias y erotismo, os dejamos una selección de relatos de ésta última edición.

M^a Eugenia Martín

Presidenta de la Asociación Dialogasex



Relatos

Vino Rosso > Pilar Obregón Pérez	04
Estás hecha para mí > M ^a Isabel Cortijo Talavera	06
Histeria > Raquel Sánchez López	08
Plenitudo > Enrique Rodríguez Vallejo	09
¡Qué nervios! > S. G. C.	11

Vino Rosso

Pilar Obregón Pérez

Celia comprueba la temperatura del agua. Caliente, como a ella le gusta. Fermín suele poner el aire acondicionado a dieciséis grados y Celia tiene que llevar en casa su chaqueta azul de lana para no constiparse. Suena el móvil, lo tiene en la mano. Mira la pantalla. Es Fermín. Arruga la frente y deja caer el móvil dentro de la bañera.

Con una cerilla enciende la vela de ylang ylang que ha dejado sobre la repisa del lavabo. El espejo se ha empañado, apenas ve su rostro. Sobre una banqueta de madera blanca está su tablet. Arranca una lista en Spotify. “Careless whisper”, su favorita. Comienza a mover las caderas. Celia se descalza y se quita la chaqueta despacio, primero el hombro derecho, luego el izquierdo y la deja caer en un rincón. Se imagina en un escenario, frente a un público que no quita ojo a sus movimientos. Que no quita ojo a su culo. Sabe que tiene un buen culo. Lo descubrió en sus primeros ligoteos en la Complutense.

Chris Isaak canta “Wicked game”. Vuelve al lavabo. Dentro ha dejado tres botellas cubiertas de polvo. Las ha ido seleccionando en la bodega de Fermín, su sancta sanctorum. Ocho años de colección. A ella nunca le ha gustado el vino, pero ha acompañado a Fermín a catas, visitas a bodegas y charlas de gurús. “Influencia de la tierra en el color y aroma del vino” ha sido la última, aburrida de principio a fin. Nunca ha habido tiempo para ver la última comedia romántica de Colin Firth o para probar el pastel de puerro a la albahaca de su amiga Marta. Sólo vino.

Celia mueve los cuellos de las botellas para ver las etiquetas hasta que encuentra la que busca. Viña Tondonia Gran Reserva. Saca el sacacorchos que lleva en el bolsillo de la chaqueta. Tiene forma de esqueleto. A Fermín le hizo mucha gracia cuando lo vio en eBay, no paraba de reír. Abre la botella, aspira el aroma y bebe un trago. Un pequeño reguero de vino le cae por la barbilla. “Elegante y longevo, un vino para disfrutar por muchos años”. Lo compraron en la Bodega López de Heredia. Fermín decía que le recordaba las fiestas de Haro, donde se conocieron. A él se le había subido el vino a la cabeza. Ella se había pegado a un grupo de amigas mochileras para no coincidir en casa con el nuevo ligue de su madre. Fermín se había fijado en su culo, como todos, pero además le había mirado dentro de los ojos, muy dentro. Y la borrachera mental que le había provocado la dejó sin defensas cuando Fermín se la llevó a un portal, agarrada por la cintura. Hurgó con la mano debajo del vestido marinero de punto, introdujo dos dedos entre las bragas y, apartándoselas a un lado, le metió la polla hasta el fondo, sin preámbulos. Al acabar, sólo una frase. “¿Estás mañana por aquí?”.

El reguero de vino llega a su escote. Celia sigue el trazo con el dedo por el canalillo hasta llegar al pecho.

Comienza a quitarse la camiseta gris con movimientos lentos y pasándose la lengua por los labios para saborear los restos de vino. No lleva sujetador. Con movimientos circulares recorre los pezones con el cristal frío de la botella y se le pone la piel de gallina a la vez que siente el latido de su entrepierna. Se acerca a la bañera y vacía la botella. Sonríe.

Está cantando Sade, no recuerda el nombre completo de la canción. Algo de operator. Celia se acerca al lavabo y coge otra botella. Un reserva de Robert Mondavi. “Un vino complejo” le dijo Fermín cuando visitaron la bodega en Napa durante su luna de miel. Complejo, como el viaje. Un pinchazo del Jeep Grand Cherokee en una carretera en medio de la nada. Fermín se puso furioso y le gritó como si ella tuviese la culpa de que hubiese encontrado un clavo en mitad del estado de California. Celia supo entonces que Fermín no solo follaba fuerte, sino que también gritaba fuerte.



Celia descorcha la botella y bebe uno, dos, tres tragos, mientras se quita los leggings grises y el tanga blanco. Deja caer vino en el ombligo y sigue con los dedos su rastro hasta el pubis, acariciando primero el vello y luego el clítoris con suavidad, hacia arriba y hacia abajo, despacio.

Cuando vacía los restos del reserva en la bañera, Celia ya respira con dificultad y está un poco mareada. Pero continúa su baile, esta vez al ritmo de Rihanna. Descorcha la última botella. Château La Lagune. “Un vino serio y potente en boca”. Como la bofetada que Celia recibió de Fermín durante su viaje al Médoc. La acusó de haber coqueteado con el guía de la bodega, Thierry, un parisino con la barba anaranjada y unas gafas de pasta azul. Qué simpático era. Aquel día se había divertido de verdad mientras chapurreaba su francés de las Salesianas.

Celia bebe de la botella hasta el final. Cuando ha terminado, cierra los ojos y se la acerca a la entrepierna. Siente como la boca fría de la botella va penetrando despacio, haciéndose hueco en su vagina, cada vez más adentro, cada vez más rápido, mientras su cuerpo se contrae al ritmo de la música. Se deja follar por ella, una y otra y otra vez, hasta que llega al orgasmo y arroja la botella al suelo. Los trozos de cristal salen en todas las direcciones.

Cuando recupera el aliento, Celia abre los ojos. Está sentada en el suelo. Se ha cortado en la planta del pie. Al levantarse, su sangre deja un rastro rojo en las baldosas. Celia se agacha, elige un trozo de cristal y camina hacia la bañera.

Estás hecha para mí

M^a Isabel Cortijo Talavera

Se accedía a la bodega desde un amplio patio. Mace-
tas repletas de petunias y una enorme parra con tres
pies que entrelazaban sus sarmientos dejando un
envolvente entorno de luces y sombras.

Pasaría el domingo con mis amigas en aquella visita
guiada. Entramos en la bodega y, aunque no había
llegado todavía el verano, agradecí el frescor de la
estancia. Una mesa dispuesta con platos de jamón,
queso, pan y varias botellas de vino esperando a ser
descorchadas.

Nos recibió uno de los dos hermanos que regentaba la
bodega familiar. Era atractivo. Vestía con un look
informal. Sin embargo, transmitía elegancia, con su
pelo canoso y una barba naciente escrupulosamente
recortada. Se acercaría a los cincuenta, pero era de
esa clase de hombres que, a pesar de su edad,
conserva un cierto aire juvenil. Empezó a narrarnos
las excelencias de aquellos caldos. Fijaba su mirada
en mí de vez en cuando, con el mayor descaro. Hacía
tiempo que la presencia de un hombre no me turbaba
tanto. Yo sonreía más de la cuenta y el juego de las
miradas no cesaba. No recordaba cuándo fue mi
último tonteo con el sexo opuesto. El tedio de mi
matrimonio había anulado mi libido y el coqueteo en
general, pero lo cierto es que aquel hombre me
provocaba y atraía de una manera inexplicable.
Me imaginaba cómo besaría, cómo haría el amor, por
cuántas camas habría pasado. Hacía cábalas sin
sentido sobre su vida amorosa. Estaba ausente de su
discurso, de si el vino provenía de racimos en cepa o
de cuánto tiempo permanecía el reserva en bodega.
Aquel hombre me llenaba el pensamiento y no dejaba
espacio para nada más.

Al terminar la cata y las explicaciones nos llevarían a
recorrer los viñedos. El otro hermano acompañaría al
grupo. Los dos nos quedamos en la bodega, yo con
jaqueca fingida. Me acerqué a él sin mediar palabra.

Extendió su mano con la clara intención de encontrarse con la mía, y ese gesto dejó a mi espalda todos los encorsetamientos que habían guiado mi vida, porque delante estaba él... Solo él. Me dijo «ven» y yo fui.

Me cogió de la cintura y salimos al patio. No sabía a dónde me llevaba, pero no me importó porque no sentí el más mínimo temor. Se paró sin un porqué y su boca fue al encuentro de la mía. Me dio un beso lento, y aquel beso anuló todos los que había recibido de los hombres que pasaron por mi vida. Los barrió.

Ya había dicho que se llamaba Carlos al presentarse. Me preguntó mi nombre. «Ana», le contesté.

Me condujo a la vivienda a la que también se accedía desde el patio. El silencio era prueba evidente de que no había nadie. Comencé a recorrer las estancias. Él me seguía.

Sacó de una vitrina un par de copas y las llenó de un reserva especial. Me fue enseñando el resto de la casa mientras degustaba la calidez de aquel vino en mi paladar, sintiendo que me inundaba en cada trago. Se aproximó. Volvió a cogerme de la cintura sin completar el abrazo. Miró mis ojos y la fuerza de su mirada me hizo desear que me poseyera entera, sin dejar ni un resquicio.

Introdujo su mano por debajo de la falda, recorriendo mi pierna. Yo me sentía inquieta, pero sorprendentemente cómoda, sin ningún miedo. Ya no recordaba lo que eran las ganas, las ganas de comer y de que te comieran la boca. Empezó a susurrarme: «Ana, te deseo, te deseo». Escuchar su voz cerca de mi oreja y notar el liviano aire que soltaba por la boca al pronunciarlo, me transportaba. Nos sumergimos en una locura de besos, acompasando nuestros gemidos. Después se arrodilló y, con delicadeza, igual que a una novia de antaño, me fue quitando los zapatos, las medias y la ropa interior... Abrió ligeramente mis piernas y empezó a mordisquear y besar mis ingles y el interior de los muslos. Acercó su boca a mi sexo y lo lamió, como si supiera qué era lo que más me excitaba. Con la presión justa, recreándose y saboreándolo como el más exquisito manjar. Abrazaba mi cintura con sus manos y las mías

peinaban con los dedos sus cabellos. Arqueé mi espalda y la cabeza hacia atrás. Percibía que mi placer era su placer, que disfrutaba de sentirme disfrutar y eso alimentaba aún más mi deseo. Retiré su rostro hundido de entre mis piernas. No quería todavía llegar al clímax. No quería que aquello terminara. Me arrodillé a su altura para besarle en la boca y el sabor del vino, de mi sexo y nuestras salivas formaron un cóctel único.

Paseaba sus labios por mi cuello, arrastrándolos una y otra vez, mientras sus manos inquietas recorrían mis pechos y las yemas de sus dedos dibujaban el círculo de mis pezones. Acaricié la dureza de su sexo, gozando de aquellas caricias como si fueran el mayor de los regalos. Se tumbó en el suelo. Me montó sobre él y sentí aquel cuerpo como la continuación del mío. Noté la presión de sus manos en mi trasero para ayudarme en mi cabalgada, y aquel vaivén genital era sublime. Al terminar el ritual sexual se acurrucó en mi espalda permaneciendo un tiempo en aquella posición fetal. Pero el letargo se interrumpió por mi necesidad de volver a sentirlo. Acerqué su mano a la hendidura de mi pubis e introduje dos de sus dedos para que sintiera mi humedad. Ese gesto me hizo sentir poderosa, al notar cómo se despertaba su miembro del reposo sin ni siquiera tocarlo. Al instante iniciamos una nueva ceremonia en la que me mostré más activa, serpenteando por todo su cuerpo, dirigiendo los movimientos y marcando el ritmo. No reprimí mis gritos de placer en aquella sucesión de dominios y rendiciones.

Fue un impasse en la vida. Como un mundo paralelo desgajado de la rutina. Las voces de la llegada del grupo nos devolvió a la realidad. Nos vestimos. Me dirigí a la puerta. Me llamó. Yo me giré esperando un gesto suyo, una palabra. Se acercó y me besó saboreando cada rincón de mi boca. Tras el beso, con una leve sonrisa, me dijo: «Estás hecha para mí».

Histeria

Raquel Sánchez López

Lentamente, le bajó las enaguas.

Era la primera vez que ocurría. La primera vez que alguien diferente de su marido la desnudaba. Estaba muy nerviosa. Aquel doctor de frondoso bigote escudriñaba sus partes íntimas en busca de un remedio a su mal, una enfermedad que venía arrastrando tras llevar varios años casada. Según le relató, padecía lo que denominaba histeria, dolencia que provocaba en ella ansiedad, cambios de humor y depresiones en episodios cada vez más frecuentes.

Él le pidió que se relajara y se dejara llevar, hiciese él lo que hiciese. Ella se asustó un poco, nunca la había tratado, no lo conocía, era la primera consulta que pasaba con él. No sabía si confiarle su salud, y para colmo, su aliento olía un poco a vino.

Pero no puso objeción, si su esposo estaba seguro de su eficacia, tenía que ser bueno.

Comenzó a practicarle un masaje pélvico. Untó sus dedos índice y corazón en un aceite perfumado, luego posó las puntas en su ombligo y siguió bajando por el vello que recorría su línea alba. Lo hacía dando pequeños pasitos, con sus dedos a modo de piernas, hundiéndolos suavemente en la carne que comenzó a erizarse. Ella sintió que su vulva se humedecía, pero no dijo nada por temor a interrumpir el tratamiento. Cuando el doctor llegó en su paseo hasta su sexo, desplegó los labios inferiores y aprisionó su clitoris con las yemas de los dedos.

El corazón de la mujer comenzó a latir con más fuerza. Ahí comenzó a masajear en círculos, primero despacio, luego más deprisa. La mujer no pudo contener sus jadeos. De manera instintiva, ella se agarró los pechos con ambas manos mientras arrastraba la lengua por su boca. Sentía sus pezones tersos y duros.

El doctor introdujo entonces con la otra mano un dedo por su vagina y jugó con él, de dentro hacia afuera, al mismo tiempo que seguía frotando su zona erógena. Ella creyó enloquecer y sus jadeos terminaron en gritos de lujuria. Sentía un placer salvaje, intenso, nunca había sentido nada igual. Cuando llegó al culmen, el doctor dejó sus dedos quietos unos segundos más para notar cómo latía de gozo. Su cuerpo entró en una fase de relajación plena, utópica. Había llegado a experimentar el paroxismo histérico. Cuando terminó de vestirse, su médico, contento con los resultados, siguió impregnando de vino el ambiente del cuarto a medida que le iba explicando lo que había ocurrido, pero a ella ya no le importaba. La citó para la semana siguiente. Le contó que quería probar una serie de elementos y aparatos que podrían facilitarle la labor para el masaje. Ella accedió a volver sin reservas. Estaba dispuesta a ser su conejillo de indias.

Tras subir a su carro, su esposo la estaba esperando en el interior. Se alegró de verla tan mejorada, un rubor especial en sus mejillas corroboraba la efectividad del proceso. Cuando el cochero comenzó su viaje de regreso, la mujer quedó pensativa. El marido preguntó por lo que había ocurrido, ella simplemente sugirió regalarle al doctor una buena botella de vino en agradecimiento por su gran labor. Pero dentro de su alma deseó no curar nunca, padecer esa enfermedad crónica y volver a la consulta una y otra vez, repitiendo para sus adentros: bendito tratamiento, bendita histeria.

Plenitududo

Enrique Rodríguez Vallejo

Venga... Leeré los mensajes — Me costó «Dios y ayuda» desbloquear el móvil y ponerme con las felicitaciones. No es que me produzca tristeza el paso de los años, al contrario, pero aguantar los chistes de mi cuñada debería estar gratificado. Que si «medio siglo», que si las canas... Dios, qué pereza.

Precisamente las canas habían sido hasta el momento mi lucha personal, por mantenerlas digo. No sé qué le ha dado a mi familia y amigos con que me las tiña, pero si a mí me encantan, y a los hombres, por lo visto... también. Así que terminé de leer rápido y justo antes de bloquear el móvil para salir, veo una notificación de email, a la dirección de correo que usaba cuando hacía sesiones de fotos.

Ya nadie me solicitaba como modelo (pensé — debe ser por la canas — ¡Calla cuñada!), así que lo abrí rápidamente.

— Buenos días Luz. Mi nombre es Eusebio, soy ilustrador profesional. Tengo un encargo importante de una empresa vinícola francesa, concretamente «Plenitududo». Van a sacar una añada muy especial, con más de 40 años. Buscando rostros conocidos para la idea que tengo en mente he dado con tus últimas fotografías.

¿Podríamos concretar una cita para contarte más? Te dejo mis datos más abajo.

Lo reconozco, pequé un salgo de alegría. Hace bastante que pasé de estar delante de la cámara a gestionar contratos, y aquello me hizo mucha ilusión. Aún hay esperanza para esta humanidad que desprecia la edad sin ningún motivo coherente. Así que llamé inmediatamente. Una voz profunda, grave, arenosa, contestó —Sí, dígame— Tuve que sentarme, las voces siempre han sido mi debilidad, y aquella tenía algo, que se quedará conmigo. Quedé con él en su estudio para enseñarme trabajos anteriores y así decidir si quería o no trabajar con él; con esa voz le hubiera dicho que sí a cualquier perversión por «sucía» que fuese, así que salí a su encuentro.

Llamé al porterillo de abajo, volviendo a gozar aquella penetrante voz. Subí imaginando un hombre con el cabello plateado, vaqueros, camisa... —Hola Luz, encantado— Me plantó dos besos mientras yo trataba de salir del shock. No le echaba más de 25 años, pelo largo recogido, camiseta de Batman... y una voz...

—Voy a ponerte una copa de Plenitududo, «el vino en cuestión» ¿Te apetece?

—Claro— Respondí obviando lo rápido que me pongo «cariñosa» con un sorbo de vino.

Hablamos mientras sonaba “Liliac Wine” cantada por Jeff Buckley, me explicó detalladamente lo especial de la añada, y la similitud alegórica que pretendía dar al diseño del packaging. Hasta que en un momento dado dejé de escucharle, en volandas de la mano de su voz, y del vino. Desplacé un poco más cerca mi silla, y mientras hablaba sentí un deseo animal que me impulsó a dejar suavemente mi mano en su muslo, muy cerca de su entrepierna. Con mi dedo meñique pude notar su erección. Paró de hablar y le dije —No, no pared de hablarme— Sonrió, y continuó hablándome de... no sé, para entonces yo ya no estaba en su estudio. Lo interrumpí únicamente para besarlo mientras ya descaradamente lancé mis manos a su erección, a su pecho. Me lanzó al suelo como se deja caer una pluma, me dio la vuelta, me bajó las braguitas, y comenzó a penetrarme mientras yo seguí sin dejar la copa de vino. Me mantuve con ella en la mano, jadeando, aguantando sus envites para no derramar el vino, hasta que solté por un segundo mi copa para dejar libre mi mano reclamada a gritos por mi clítoris. Me acaricié por un instante mientras él disfrutaba cada vez más penetrándome. Entonces me corrí con su miembro muy dentro, haciéndole sentir toda la «marea» que había provocado... Mis caderas se volvieron locas y tomaron el control aumentando el ritmo hasta que sentí su «venida»; paré, me di la vuelta y mi boca terminó aquello que había comenzado «el vino».

El diseño quedó precioso, y guardando un secreto de pasión... ¿Qué más se le puede pedir al marketing?



¡Qué nervios!

S.G.C.

Su particular amante estaba terminando. Mientras uno se duchaba, el otro preparaba el dormitorio. El moreno había sido el primero en darse una buena ducha y arreglarse la melena y la perilla castañas, y mientras su chico entraba en la ducha, le había dado tiempo a terminar los preparativos. Él tampoco se quedaba atrás en cuanto a particularidades, la verdad, pero lo de aquella tarde le tenía desconcertado. Aparte de las velas de olor neutro (¡solían ser de canela!) que iluminaban tenuamente la habitación con un tono carmesí, le había pedido que extendiera toallas en la cama, y estaba terminando de hacerlo cuando se abrió la puerta del baño. Pablo salía en albornoz rosa, pero eso sí era habitual. ¡Más mono!

—Vaya, Carlos, qué obediente. Todo bien preparado.

—Me tienes en ascuas, así que déjate de milongas y ve al grano, señorito

—dijo mientras daba golpecitos en la cama para que le acompañase.

¿Qué demonios habría tramado? Le fulminó con la mirada pero se sonrieron.

—No me mires así, que dije que era una sorpresa —le dijo con los brazos en jarras.

—Ni mi miris así, qui diji qui iri ini sirprisi —le imitó el otro, burlón, en la misma postura.



Pablo, por toda respuesta, le cogió de la perilla y lo atrajo hacia sí para darle un beso. Después, sin soltarle el brazo, se movió con él hacia la cama y le empujó suavemente hasta que volvió a sentarse. Incluso con el albornoz y la ropa, la calidez de sus cuerpos era palpable. Tan deliciosa que les costó separarse de los labios ajenos.

—Espera ahí un momento, anda. Pero quiero ponerte esto. ¿Puedo?

Le mostró un antifaz. Carlos se encogió de hombros, acostumbrado a incluirlos en sus juegos, y se dejó hacer. El otro se inclinó sobre su cabeza y le colocó las tiras de tela por encima y debajo de las orejas. No dejó de besar su frente, sus mejillas y sus labios mientras lo hacía. El otro se dejó llevar, sonriendo, entregado. Al acabar, se sentó a su lado para cerciorarse de que no le veía. No tuvo ni que preguntarle.

—¡Es horrible! —exclamó Carlos con gestos dramáticos—. Es horrible no verte. Es una pesadilla. Sé que estás sentado ahí en tu albornoz pero no puedo ni verte. ¡Me torturas!

Pablo chasqueó la lengua, pero le dejó hablar. ¡Menu-do brat se había buscado! Se echó a reír y besó sus labios por sorpresa.

—Anda ya, bobo.

Le acarició el pelo y se fue a coger algo. Carlos no esperó ahí como le había pedido, sino que se tumbó en la cama a todo lo largo, y puso atención. Le escuchó trajinar en la cocina. Después, traía algo de vidrio... ¿Copas? ¿De verdad había preparado champán? Escuchó el suave chasquido de la puerta al encajar, el reposar de unas copas y una botella en la mesita de noche,, En sus juegos habían aprendido a moverse en silencio, con sutileza.+ —Desnúdate —le pidió de pronto. Incluso su voz era cálida.

Ambos se movieron a la vez. Uno para desnudarse, refunfuñando por lo “injusto y poco erótico” de aquello (Pablo discrepaba), y el otro para servir una de las copas desde la cama sin quitarle ojo de encima. Carlos no pudo estar muy atento a sus movimientos, ocupado como estaba en desnudarse. Pero cuando terminó e intentó tumbarse de nuevo, se topó con un pie en el pecho. Sonrió. Olía a vino tinto. El pie, cálido y húmedo a la vez, se deslizó sobre su piel hacia su rostro, acariciando el cuello y el mentón, rozando la sonrisa de sus labios con los dedos. El melenas se acomodó entre sus piernas para estar más cómodos y le dio un lento lametón a la planta, rosada. Pero se detuvo ahí. Sabía que a Pablo no le gustaban sus propios pies. Los dos tenían inseguridades, pero para eso están los amantes, para quitarse la inseguridad a besos y mordisquitos.

—Gracias.

—¿Por?

La sorpresa era realmente atreverse con aquello, compartir ese momento, y Carlos lo sabía y se lo agradecía. Era un bonito regalo para ambos: era el cumpleaños de Pablo.

Así que se esforzó al máximo por mimar su cuerpo. Cogió el pie, húmedo y delicioso con ese toque de vino, y se lo llevó a la boca de nuevo- Cuando rodeó los dedos con la lengua y los abrazó con sus labios, Pablo gemía, entrecortado, y Carlos se entregó a su tarea como si quisiera llevarle de viaje por un orgasmo distinto de lo tradicional. Por los latigazos de placer que experimentaban ambos, bien podría decirse que lo consiguió. Y es que no hay mayor placer que ver cómo disfruta tu amante.

—Por confiar en mí.

—Anda ya, bobo. Gracias a ti, amor, lo haces tan bien... ¿Seguimos?

¡Fin!

Asociación de Sexología
Dialogasex

www.dialogasex.es

